

un poco en Francia, y que los que predicán el desarme y la paz, empiecen á comprender las humillaciones que la aplicación de sus ideas pueden ocasionar á nuestro país. Y todavía, si sólo se tratara de humillaciones, podrían olvidarse; pero los acontecimientos actuales, si los soportamos, tendrán, en parecer mío, un alcance que deploraremos mucho tiempo, quizá siempre.» El fracaso francés en Méjico y en Alemania, exaltaba el cerebro del brioso soldado, que no compartía las opiniones optimistas de los que á su alrededor fiaban en un próximo desquite.

Las guerras de Crimea y de Italia, por lo demás, poco enseñaron en el orden militar, y menos aún la expedición á Méjico. Los franceses, orgullosos del valor de sus soldados, hacían entonces escasa estimación del estudio metódico y de la preparación perseverante y silenciosa; no creían en los *sabios*; así fueron ciegamente á un desastre, cuyos resultados les hicieron cautos, reflexivos y previsores para lo venidero. Supieron aprender en la desgracia.

Sensible es que la correspondencia de Vanson no se haya extendido á la guerra franco-alemana, en que aquél tomó parte, porque, sin duda, sus juicios habrían sido, por todo extremo, instructivos é interesantes. Pero, terminadas las cartas publicadas por Boppe en los comienzos de 1867, concluyo ahora mi tarea, manifestando á la Real Academia, que conceptúo muy recomendable y merecedora de aprecio, la obra que acabo de exponeros.

Madrid, 17 de Noviembre de 1905.

JULIÁN SUÁREZ INCLÁN.

---

## V.

EL LIBRO DE D. JOSÉ WANGÜEMERT Y POGGIO,  
«EL ALMIRANTE D. FRANCISCO DÍAZ PIMIENTA Y SU ÉPOCA».

Esta real Academia conoce bien al Sr. D. José Wangüemert y Poggio, hoy catedrático auxiliar numerario del Instituto de San Isidro, puesto que, por haber publicado hace pocos años

otro libro nada vulgar, que tituló modestamente: *Consideraciones históricas acerca de las Islas Canarias*, se creyó con razón en el caso de conferirle el nombramiento, pocas veces mejor acordado, de su individuo correspondiente. A demostrar de nuevo—aunque hartó aquella primera muestra lo acreditaba—hasta qué punto la Academia fué justa, y aquel honor merecido, sale á la luz ahora otro trabajo del Sr. Wangüemert: *El Almirante D. Francisco Díaz Pimienta y su época*, sobre el cual ha querido el Sr. Director, con vuestro beneplácito, que os informara yo, no sé si por hijo de Canarias como el autor, no sé si por enamorado, más y más cada día, del pasado español; pero de seguro por ninguna otra especial circunstancia indicado para el caso.

En las breves palabras con que, á guisa de presentación, está encabezado este volumen, debidas á pluma de tanta autoridad, y de todos nosotros particularmente tan estimada como la del Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, se da al Sr. Wangüemert cordial enhorabuena por la feliz idea de «haber enderezado el fruto delicado de su laboriosidad á la memoria de hombre tal», del que «fué, sin duda, figura conspicua en los anales de la nación, mareante dotado de gran inteligencia, decisión y arrojo, que alcanzó la cúspide de la honra militar»; comprobándose así, por voto de tanta calidad en todas las materias con nuestra Marina ó nuestros marinos relacionadas, el primer acierto del Sr. Wangüemert, que es la elección del asunto de su libro, no sólo porque llena una inexplicable laguna, reparando con hombre tan ilustre omisiones y olvidos absolutamente inconcebibles, sino porque arroja luz vivísima sobre toda una época de la vida nacional, y época bien interesante, tan interesante cuanto imperfectamente conocida, como es esa que el Almirante Pimienta ilustró grandemente con sus proezas y sus altos hechos.

El Sr. Wangüemert, fortalecido, sin duda, con el aplauso que la Academia tuvo para su primer trabajo, ha acometido esta nueva empresa con amor, y de aquí que haya alcanzado á hacer el presente, si no absolutamente definitivo—porque bien se sabe que en estos trabajos de investigación histórica, por su propia

naturaleza, hay siempre margen para que el investigador de mañana nos rectifique, nos enmiende ó nos amplíe—, merecedor de todos los elogios que imparcialmente voy á tributarle.

Desde luego, hay que celebrar sin ambages el que haya vuelto decididamente la espalda al viejo *cliché* de la biografía española, tal como la entendió casi siempre en su primera etapa el siglo XIX, y haya estudiado, alrededor de la figura principal, cuanto en lo accesorio pudiera y debiera interesarnos, sucesos, tiempos, instituciones, cosas y personas, aplicando á todo y á todos, generalmente, crítica recta, y luciendo con tal motivo erudición de buena ley.

Canario entusiasta—tan amante de aquel hermosísimo país, como cuantos hemos tenido la dicha de nacer en él, y quizás él, como yo, más amantes cuanto más alejados—; palmense no menos apasionado de su Isla, la Isla de San Miguel de la Palma, donde radica bien de antiguo su familia; pero sobre todo, español ardiente, á la antigua y buena usanza, revélanse á cada instante estos nobilísimos sentimientos en todo su libro, que parece inspirado por la famosa frase de Mistral, traducida al castellano: *Amo á mi aldea más que á tu aldea, á mi Provincia más que á tu Provincia, á España más que á todo.*

Comienza el Sr. Wangüemert su libro con acertadas consideraciones sobre la vida del país canario, á partir de su feliz incorporación á la Corona de los Reyes Católicos; sobre la política en él seguida por los Fernández de Lugo, sus últimos conquistadores y sus Adelantados; sobre sus Cabildos seculares; de grata y honrada memoria; sobre su organización militar, de que nacieron tantas glorias canarias y españolas; y presentando, con brillante exactitud el cuadro simpático en que se mueven, todavía modestamente, los Díaz Pimienta, entra luego á hacer abundante relación de la vida de esta familia, de origen portugués, pero ya española y canaria, en que el célebre Almirante ocupa, por indiscutible derecho, el lugar preferente, aunque de nacimiento ilegítimo; cosa esta, por lo demás, nada para extrañar á los que tenemos con los estudios genealógicos cierta familiaridad.

Véase aquí claramente, en su gestación y desarrollo, el curioso

fenómeno de la ascensión social, que un gran escritor y académico francés, más psicólogo aún que novelista, con ser hoy el primero de su país, ha bautizado con el nombre, en todo el mundo culto conocido, de *l'Étape*: vése el fenómeno social de la elevación á las esferas más altas, exclusivamente promovida por el mérito y el valor personales, para demostración cumplida de que tampoco por ese lado ha inventado nada la democracia contemporánea, que se figura, entre ignorante y vanidosa, que todos los nobles y los Grandes antiguos habían comenzado—cuando más tarde—en las huestes de Pelayo, y que ella ha sido la primera en arrancar del montón anónimo y en elevar en nuestros días á los que merecían ser elevados. D. Francisco Díaz Pimienta es un perfecto ejemplo á esto que digo: sus puestos, sus honores, su casamiento, su hábito de la Orden de Santiago, el título de Marqués, dado á su viuda y continuado en sus hijos, y en su descendencia, todo demuestra, para el que sabe leer, que la nobleza española no era en su tiempo una ciudad cerrada, tapiada por fuertes muros é inaccesible á los míseros mortales, sino un campo absolutamente abierto, sin límite sensible, donde los Colones, los Cisneros, los Navarros, los Pimientas, y tantos otros antes, los Moñinos y los Campomanes después, entraban cuando debían, y algunos para ocupar en las primeras filas puesto preeminentísimo, por nadie disputado. Y después de descrito el cuadro general, y de dada á conocer la familia, entra el Sr. Wangüemert con paso seguro, y ya de lleno, en el estudio de la vida del héroe, que su amor de las Islas le inclina á creer canario, y esta grande y noble figura de marino español del siglo xvii sale á la luz, con su jornada memorable de Santa Catalina, sus campañas de Cataluña, sus laureles de Orbitello, su participación principal en el sitio de Barcelona; sujeto, en fin, según las frases de Fabro Bremundano, *en quien admiró la edad presente y admirarán las venideras, en el grado de perfección mayor, todas las prendas que la idea sepa desear en un soldado y general de mar*. Tómalo en los primeros años, cuando, estudiante en Sevilla, se encaminaba hacia la Iglesia por los caminos de la Teología y del Derecho, bien pronto abandonados por el amor

del mar y por los incentivos de la guerra; y, siguiéndolo en lo posible durante su vida provechosa y ejemplar de gran servidor de su Rey y de su país, no lo deja ya hasta que lo sorprendió la muerte, frente á Barcelona sitiada, y ya casi vencida, aunque no recobrada aún por las armas reales, siendo Capitán General del Mar Océano, y en toda aquella empresa el primer auxiliar, por su experiencia y capacidad, del Señor D. Juan de Austria.

Y así, cuidadosamente estudiada y galanamente relacionada la vida de este buen soldado; no descuidada la parte política, por el examen atento de los tiempos; más atendida, y con mayor discreción que de costumbre, la parte genealógica y familiar; avalorado el trabajo por curiosos y oportunos apéndices, que todos merecen ser leídos, pudo concluir su libro nuestro digno correspondiente, asentando con noble exactitud que la figura del Almirante Pimienta es genuina representación de nuestra raza, y que, «sirviendo en una época más de infortunios que de apogeos, sus pasos militares fueron siempre triunfales, y los cobija frondosa rama de laurel»; y refiriendo luego la proclamación de su fe, con que aquel insigne marino hacía lo que el Señor Wangüemert llama su sabia despedida del mundo, pudo terminar diciendo, que «el que vive para Dios, y si es necesario sacrificar la existencia por su Patria, realiza los más preciados ideales, la inmortalidad que guarda la Historia en sus páginas de oro, y la que se convierte en nimbo humano de eterna gloria.»

Estas palabras, aplicadas con justicia al héroe de la Isla de la Providencia, reflejan bien el pensar y el sentir del autor de este libro, es decir, el sentimiento religioso y el amor de la patria, que son los inspiradores del Sr. Wangüemert, como fueron siempre el luminar del alma española en su viaje triunfador por todos los ámbitos del mundo.

Y si en este generoso criterio está empapado el libro entero; si sus 306 páginas están escritas en lenguaje, generalmente sencillo, casi siempre correcto; si la investigación ha sido larga, depurada y difícil, pues casi nadie se había acordado de este español ilustre, olvidado con tantos otros de no menor valía; si la honradez científica más aquilatada y escrupulosa bulle por todas

partes; si la suerte premió los esfuerzos del biógrafo, proporcionándole documentos que nadie conoció antes, aunque algunos ya conocidos y nada insignificantes escaparan á su conocimiento; si esto, en fin, de celebrar y dar á conocer las glorias más puras de nuestra nación, en estos días perturbados, en que no hay insensatez que no se propale, más alto ó más bajo, ni locura que no se sostenga, por muchos ó por pocos, es obra verdaderamente meritoria, que deben los que gobiernan estimular por todos los medios, y debemos nosotros aplaudir con todas nuestras fuerzas, no creo hacer más que lo justo, manifestando á la Academia que, en mi sentir, procede hacer presente al Gobierno de S. M. que el libro de D. José Wangüemert y Poggio, sobre *El Almirante D. Francisco Díaz Pimienta y su época*, es de relevante mérito, y nuestro laborioso correspondiente merecedor por él de todo género de auxilios y alabanzas.

La Academia dispondrá, de todos modos, lo que estime más oportuno.

Madrid, 10 de Noviembre de 1905.

F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT.

---

## VI.

### EPIGRAFÍA HEBREO-LUSITANA.

En mi breve informe sobre las inscripciones hebreas de Francia (1), toqué de paso las de Portugal, expuestas con laudable celo y maestría por el Sr. Cardozo de Bethencourt en la revista *O Archeologo portuguez* (2), que recibe la Academia á cambio de su BOLETÍN. Forman la colección del Sr. Bethencourt seis inscripciones; conviene á saber, una del año 1315 y cinco incluídas

---

(1) BOLETÍN, tomo XLVII, páginas 361-394. En esta última página, donde dice (líneas 1 y 2) «1815» y «1305», léase respectivamente «1804» y «1315»

(2) Número de Febrero y Marzo de 1903, páginas 34-45.